MIC
f
163

Ej.2

Filantropía y Responsabilidad Social

La Inversión Social. Un Reto para la Empresa

Lorenzo Servitje

CENTRO MEXICANO
PARA LA FILANTROPIA

¿Cuáles son las características esenciales de la filantropía? ¿A qué problemas debe abocarse sobre todo? ¿Qué posibilidades tiene en el futuro? ¿Cuáles son sus principales ventajas?

A la filantropía se le ha considerado como un sector de la vida social, distinto al de las actividades productivas que se desenvuelven a través del mercado, y distinto también de las actividades públicas que son responsabilidad del Estado. A este campo se le ha denominado, muy apropiadamente, el sector social o no lucrativo y, a mi juicio, no tanto, como el sector de las organizaciones no gubernamentales.

Sin embargo, dentro de este sector, hay que distinguir a aquellos grupos o instituciones no lucrativas, cuyas finalidades persiguen, sobre todo, beneficiar a sus propios agremiados o patrocinadores. Este es el caso de organizaciones no lucrativas profesionales y muchas instituciones educativas, deportivas, culturales, de entretenimiento o de ayuda mutua.

Podría decirse entonces que las organizaciones filantrópicas son, sobre todo, aquellas no lucrativas que reciben recursos de sus patronos o benefactores y que los destinan a prestar servicios de toda índole, en forma gratuita o casi gratuita, a gente que los necesita, o a apoyar la solución de problemas o a satisfacer necesidades de carácter general que el mercado o el Estado no atiende o no lo hacen en forma suficiente o apropiada.

Es indudable que, en todos los seres humanos, existe una tensión permanente entre la procuración de su bien personal y la ayuda a los demás; la tensión entre el interés propio, aun el bien entendido, y la generosidad. Es evidente que estas dos tendencias son válidas por sí mismas y que deben armonizarse en una síntesis difícil pero indispensable. ¿Cómo de otro modo, podría darse

algo a alguien si antes uno no lo adquiere? Esta difícil armonización la describió hace años el distinguido médico e investigador Hans Seyle, que la denominó el "altruismo egoísta", señalando que la ayuda a los demás es el mejor camino para ayudarse a sí mismo.

Esta inclinación a ayudar a los demás, sobreponiéndose a las imperativas exigencias de buscar el bien propio, arranca de la percepción de la igualdad esencial de los seres humanos frente a la evidencia de su desigual existencia. ¿Por qué unos tienen mayores recursos, conocimientos o autoridad que otros? ¿Por qué unos tienen todas las oportunidades de adquirir riqueza, educación o mando y otros ninguna? ¿Por qué estas diferencias se traducen para unos en bienestar, comodidades y aun lujo, y para otros en privaciones, sufrimientos y vidas sin esperanza? ¿Por qué ocurre todo esto si todos somos personas humanas, creadas a semejanza de Dios y con el mismo destino eterno?

En repetidas ocasiones se ha mencionado que en nuestro país existe una enorme disparidad en la distribución del ingreso. Informes recientes indican que en 1994 el 20% más alto de la población recibía el 57.5% del ingreso y, el 20% más bajo, el 3.4%.

Las desigualdades siempre han sido motivo de preocupación en cualquier sociedad, pero cuando son extremas, no sólo en lo económico sino también en la oportunidad de adquirir conocimientos y de participar en la vida política y social, agravadas por situaciones de opresión e injusticia, dan lugar a descontento, violencia y aun a insurrección, como ha ocurrido en nuestro país en el estado de Chiapas.

No tengo respuesta a estas terribles interrogaciones. Después de una larga vida he llegado a la conclusión de que quienes de alguna u otra forma

estamos dotados de riqueza, de conocimientos o de mando, tenemos la insoslayable responsabilidad de compartirlos de algún modo con aquellos que no están dotados así. Esta, en pocas palabras, es la razón de ser y la misión de la filantropía.

Sin embargo, la indiferencia de unos ante las necesidades y carencias de otros es muy frecuente. ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano? Graves y numerosos problemas de índole personal o social continúan sin solución o con soluciones a medias: la pobreza extrema de grandes capas de la población, los cinturones de miseria de muchas ciudades, la nula o insuficiente atención médica de mucha gente, la insalubridad, el analfabetismo, el desempleo, la educación deficiente, la drogadicción, la desintegración familiar, el desamparo de niños y viejos, la conculcación de los derechos humanos, el deterioro del medio ambiente y muchos otros más.

La falta de solución cabal a estos problemas se debe, entre otras causas, a lo que Carlos Siri llamó muy acertadamente el "quietismo social". Quietismo social es la prevalencia del hombre aislado, dedicado a sus fines particulares e inmediatos y totalmente desinteresado de los demás; es la apatía para realizar, junto con otros, aquello que podría beneficiar a todos; es la indiferencia ante las necesidades de muchos por tener satisfechas las propias.

La mayoría de la gente, por desgracia, rehuye toda responsabilidad social. En su interior, considera ilusos y aun necios a aquellos que se preocupan por los demás, que se asocian para ayudar o servir a otros, que no aceptan que el bien común pueda crearse necesariamente sólo de la búsqueda por cada uno de su bien particular.

Y ante esta pasividad de los individuos, ante este quietismo social, surgió como fenómeno compensatorio

el estatismo: el Estado que crece y se desorbita ante la apatía del individuo y se apodera de funciones y actividades que no le corresponden. El Estado, que por una voluntaria minoría de edad de los ciudadanos, todo lo planea, todo lo controla, todo lo provee. El totalitarismo, fase final del estatismo, ha tenido sus raíces en el quietismo social.

Este quietismo social se debe en gran medida a la tendencia, sobre todo en nuestros países de América Latina, de traspasarle al Estado la solución de casi todos los problemas. Esta idea, dice Peter Drucker, de que la solución de los problemas sociales sea permanentemente una tarea de los gobiernos y para la cual ninguna otra institución sea idónea, no tiene más de doscientos años de vigencia. Es el fruto de la Ilustración del siglo XVIII y presupone un servicio civil y un sistema fiscal modernos.

Y esto, en los últimos cincuenta años, se ha convertido en artículo de fe, al punto que muchísima gente considera errado y aun inútil que una necesidad social se afronte de una manera que no sea un programa gubernamental.

Sobre esta cuestión, de un modo semejante se expresó Alexis de Tocqueville, famoso pensador francés del siglo pasado. En uno de sus capítulos más celebrados de su libro "La Democracia en América", afirmaba que, "las multitudes democráticas, separadas de la jerarquía, aisladas de las comunidades tradicionales, confinadas a la intimidad de sus mentes y corazones individuales, podrían llegar a sentir que el único poder que quedaba, el del Estado, no era una tiranía sino una forma de comunidad superior y más benévola.

"Por encima de esta raza de hombres -decía Tocqueville- se establece un poder inmenso y tutelar, único que toma a su cargo asegurar su satisfacción y

cuidar su destino. El poder es absoluto, minucioso, regular, providente y manso. Sería análogo a la autoridad paterna si, como ésta, su objetivo fuera preparar a los hombres para su madurez, pero procura por lo contrario, mantenerlo en una infancia perpetua..."

Peter Drucker añade que en los últimos años se ha evidenciado que los gobiernos tratan de hacer demasiadas cosas y fallan en el proceso, Y esto se debe, entre otras causas, a que los problemas sociales necesitan tiempo para resolverse y los gobiernos tienen prisa; requieren dedicación y trabajo persistente que las burocracias no suelen aportar; exigen pruebas y experimentación en pequeña escala, mientras que los gobiernos prefieren proyectos de carácter general y masivo y, al final, a los gobiernos les cuesta mucho abandonar a muchos de ellos a pesar de sus insuficientes resultados o de su fracaso.

En este punto es de justicia subrayar que el gobierno de nuestro país ha advertido la inadecuación o insuficiencia de las autoridades para atender las múltiples demandas y necesidades de la población y ha emprendido una firme reforma del Estado, sin abdicar por ello su responsabilidad de proteger a los sectores más débiles o necesitados. Y esto ha abierto muchas oportunidades a las organizaciones voluntarias no lucrativas.

Todos los seres humanos tratan de adquirir la capacidad de sobrevivir y convivir, mejorar su condición, aprovechar su potencial y alcanzar así la meta legítima de la felicidad. Y podría decirse que su desarrollo es todo aquello que les impulsa a avanzar y progresar en el logro del bienestar material -alimentación, vestido, vivienda, salud, entretenimiento- y también todo lo que simultáneamente por su naturaleza espiritual les impulsa a ascender y superarse, para una vida más digna y plena, lo

que se ha llamado su bienser. Parafraseando a Teilhard de Chardin sería un movimiento hacia adelante y arriba en una síntesis de esperanza.

Pero el hombre no es un ser aislado que se basta a sí mismo. El hombre es un ser social por naturaleza. En la sociedad, nace, crece, vive y muere. Necesita de ella para conservar su existencia y alcanzar su perfeccionamiento en todos los órdenes.

El individualismo afirma que el carácter social del hombre es puramente accidental. Atribuye a la persona humana una autonomía absoluta y exagera sus derechos y su libertad, otorgándoles un valor incondicional. Los socialismos, por el contrario, exageran los derechos de la colectividad, desconocen el valor propio y trascendente del hombre y no le reconocen, frente a la colectividad, más derechos que los que ésta tenga a bien concederle. El pensamiento social cristiano, se aleja de estos extremos, y defiende al mismo tiempo la eminente dignidad de la persona humana y la necesidad de la sociedad, para su integral desenvolvimiento.

Los individuos realizan su propia perfección mediante su actividad y responsabilidad personales; pero solamente llegan a hacer fructuosos sus esfuerzos, mediante la ayuda complementaria que les da su cooperación en la sociedad. Esta ayuda mutua, que todos necesitan y a la que todos deben colaborar, permite alcanzar el bien común. Ese bien que consiste en el conjunto de condiciones sociales (recursos, valores, leyes, costumbres, instituciones) que hacen posible el pleno desarrollo de las personas y los grupos. Se cumple con la llamada justicia social cuando cada uno aporta, en la medida que puede, todo lo que es necesario para que se cree un acervo de bienes del que todos se pueden beneficiar. Este bien común no es un simple agregado

cuantitativo de lo aportado, sino un acrecentamiento de ello como resultado de la recíproca vinculación.

En esta dinámica, de aportación y beneficio mutuo, son fundamentales los principios que deben inspirarla. El principio de la igualdad esencial de todos los seres humanos, por ser, en el orden natural, individuos dotados de razón y voluntad libre, y en el sobrenatural por haber sido creados a imagen y semejanza de Dios, que les confiere, todo ello, la eminente dignidad de ser persona humana.

También, el principio de solidaridad por el que debemos sentir como propia la situación de los demás y empeñarnos en procurar su bien. Y el de la subsidiaridad, por el que debemos pugnar porque las personas y los grupos menores hagan lo más posible, y los mayores y el Estado, sólo lo necesario.

La realización práctica de estos conceptos: contribuir al bien común, cumplir con la justicia social, activar la sociedad y respetar la subsidiaridad, implica desde luego combatir lo que hemos denominado el "quietismo social".

Cada día hay una mayor conciencia del potencial enorme de ayuda que existe en la sociedad y que ella debe tener, con un real sentido de subsidiaridad, una participación mayor en la atención de los más débiles o necesitados y de problemas importantes de carácter general. Y de aquí surge la pregunta: ¿Qué debe hacer la empresa ante esta situación? ¿Cuál es su responsabilidad social?

Se ha afirmado que la empresa como célula fundamental de la vida económica debe dedicarse sólo a proporcionar bienes o servicios a la sociedad en forma eficiente y a remunerar adecuadamente a quienes le aportan capital o trabajo. Sin embargo, la empresa es también una célula de la vida social. Está constituida por

seres humanos y para los seres humanos y, por ello, no sólo no ha de vulnerar sus valores fundamentales sino que debe promoverlos y, junto con otros agentes sociales, contribuir al desarrollo pleno de la sociedad. De ahí, se desprende su responsabilidad filantrópica.

La empresa, a través del mercado, recibe de la sociedad lo que ésta paga por los bienes o servicios que la empresa le proporciona. Pero la sociedad le entrega algo más, a cambio de lo cual la empresa nada le entrega: un mercado de consumidores, una estructura jurídica que protege sus intereses, trabajadores con instrucción, técnicos y profesionales preparados, paz y seguridad social, servicios públicos de todo orden.

Podría decirse que todo lo anterior le corresponde recibir a la empresa por los impuestos que paga, pero mucho de ello: educación, conducta ciudadana, cultura, salud, moral, proceden no necesariamente de los gobiernos sino que es el resultado de la acción amplia y multiforme de una infinidad y diversidad de organismos privados, voluntarios, no lucrativos.

Algunos han afirmado que esta responsabilidad filantrópica, en todo caso, correspondería a los accionistas de la empresa, que son personas físicas y concretas. Sin embargo, la empresa como hemos visto, es una célula social y debe comportarse como un buen ciudadano, la empresa debe tener conciencia. ¿Por qué? En general, en muchas empresas el accionista anónimo, al no dar la cara, al rehuir el riesgo absoluto, ha renunciado a una parte del todo que implica la propiedad: a la parte de la creatividad y la responsabilidad. Y la empresa toma entonces el carácter de persona, persona moral sí, pero al fin y al cabo persona, concepto que entraña responsabilidad y solidaridad humana y debe, por ello, obrar en consecuencia.

¿Qué medidas podría tomar la empresa en orden de cumplir su responsabilidad filantrópica?
Desde luego que el apoyo de la empresa a determinadas obras o actividades dependerá de la decisión de sus dueños o directivos. Sin embargo, no hay duda que en lo posible las empresas deben apoyar principalmente todo aquello que contribuya a resolver los principales problemas del país.

En materia de donativos y ayuda económica en general la empresa puede adoptar una práctica que muchas veces siguen y que consiste en asignar un porcentaje determinado de sus utilidades ya sea antes o después de impuestos, para estos fines. En Venezuela existió hace años un programa que se llamó Dividendo Voluntario para la Comunidad y, quienes se adhirieron a él, se comprometieron a dedicar regularmente un porcentaje de sus utilidades a fines asistenciales, educativos, culturales, cívicos o de cualquier otra índole. Del mismo modo lo está promoviendo en nuestro país el programa MIRA Por los demás, a iniciativa del Centro Mexicano para la Filantropía.

Otra medida valiosa en esta materia es la de involucrar a los ejecutivos de la empresa en obras filantrópicas, ya sea en las que la empresa apoya o en otras distintas. Y también puede involucrar a sus trabajadores y empleados en general en programas transitorios o permanentes. El potencial filantrópico de los colaboradores de la empresa no ha sido debidamente aprovechado, al menos en nuestro país, y su contribución puede ser no sólo económica sino también con su trabajo personal.

Esta actividad filantrópica de la empresa ha sido considerada algunas veces como desventaja en la ruda realidad de la competencia. Sin embargo cuando la empresa la lleva a cabo teniendo en cuenta su

responsabilidad económica primaria con discernimiento y prudencia, ello refuerza su imagen y prestigio en el mercado, es bien apreciada por las autoridades y la comunidad, su personal se siente orgulloso de pertenecer a ella y todo ello contribuye a crear un clima de participación y responsabilidad que finalmente desemboca en mayor eficiencia.

La empresa cobra cada día una relevancia mayor en la vida social y no puede rehuir su contribución a la solución de los innumerables problemas que agobian a la sociedad. La historia nos dice que cuando existe un vacío alguien lo llena. Si la empresa, ante esos problemas permanece inactiva, otras fuerzas -probablemente menos calificadas y muchas veces hostiles- tomarán la iniciativa.

Se puede concluir que la empresa es un elemento muy importante en la tarea filantrópica de cualquier país. Pero para que su colaboración se incremente es indispensable que las organizaciones voluntarias no lucrativas le presentemos nuestros proyectos, cada vez en forma más amplia y convincente, subrayando su aportación al bienestar general. Y también es indispensable que sigamos promoviendo lo más posible la obligación moral de ayudar a los demás, que es la razón fundamental de toda acción filantrópica.

Como conclusión hay que insistir que es indispensable luchar contra el quietismo social y promover y alentar el espíritu filantrópico. Esta es una tarea de fundamental trascendencia. Necesitamos que se dedique a la filantropía más recursos, más trabajo voluntario y más imaginación. Este es uno de los objetivos de la celebración del seminario "La Inversión Social. Un Reto para la Empresa" que nos congrega hoy aquí.

Además hay que insistir en la evidencia de que la acción filantrópica se enriquece cuando tiene como

motivación profunda la fe religiosa. Dice Juan Pablo II, en una de sus últimas encíclicas, que quienes sirven mejor a los necesitados son aquellos que conocen mejor sus necesidades, están cerca de ellos y les brindan, además de los cuidados necesarios, un apoyo sinceramente fraterno. Y que "para superar la mentalidad individualista, hoy día tan difundida, se requiere un compromiso de solidaridad y caridad".

Al llegar a este punto, deseo contar a ustedes el caso notable de Jason Hardman. "Corre el año de 1980, Jason tiene 10 años y es hijo de un oficial de la Marina que es trasladado a Elisnore, Utah, Estados Unidos, población de 680 habitantes. Ahí no hay biblioteca. Jason está acostumbrado a leer y la biblioteca es importante para él. Se le ocurre que debe fundarse una. Encuentra tres mil libros guardados en una bodega. Finalmente le dan un sótano. Con el trabajo de él, de su familia y de los voluntarios a los que invita, se habilita la biblioteca. Con dificultades va creciendo. Al cabo de algún tiempo se publica su historia en un periódico de Salt Lake City, capital del estado. En 1982, llega al conocimiento de la Comisión Nacional de Bibliotecas. Aparecen programas de televisión y comienza a recibir libros de todo el mundo, nuevos y usados y donaciones en dinero. Para entonces la biblioteca llega a 14 mil volúmenes. Aparece en una sesión del Congreso de Utah y finalmente se entrevista con el Presidente Reagan." La historia admirable de un niño que supo organizar, crear y servir a su comunidad.

Termino con una frase de un modesto filántropo que considero muy inspirada. "Ante todo el bien que hay que hacer, puedo hacer muy poco, pero por ningún motivo dejaré de hacer ese poco que puedo hacer".

Centro de Información Filantrópica
6842